

FLOR TRONCHADA

La noche había sido asaz angustiosa dentro de los silenciosos muros de aquella inverosímil, casi subterránea habitación en el corazón mismo de la capital. Cuando la luz macilenta de un amanecer de invierno hubo despedazado un tanto el ceño que las nubes ponían sobre la ciudad, un joven pálido, en arreos de viaje y enflaquecido por la campaña, golpeó á la puerta. Lutgarda le recibió con una sonrisa mezclada de tristeza.

—¿Tu madre?, preguntó el recién llegado, después de un saludo. Una lágrima que rodó por la mejilla de la joven fue toda la respuesta.

—Nada he podido conseguir, añadió Gabriel, y ahora mismo voy á marchar á una misión arriesgada; cumplida ésta, se me ha prometido la libertad.

En seguida entregó á Lutgarda una cubierta cerrada, recomendándole no abrirla hasta la fecha indicada en el sobre. Ella inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Gabriel estrechó la mano de su prometida y salió con prisas. Un cuarto de hora después Lutgarda pudo escuchar el pitazo de un tren extraordinario que partía.

* * *

No podía ser más aflictiva la situación de aquella joven. Su padre, muerto en el incendio que, con su fortuna, devoró gran parte de la población de Y., presa de guerreras maniobras, habíala dejado sin más amparo en el mundo que su madre. Las dos hubieron de emprender á pie el camino de la capital al través de innúmeros peligros y asechanzas.

Los sufrimientos hicieron al fin en aquella pobre madre el estrago que no hicieron los años. Consumíase día por día. Junto á ella, Lutgarda parecía una orquídea de belleza rara sobre una cepa rugosa y carcomida. Esclava del deber filial, no daba la joven de mano á la aguja por

ver de sostener á su buena madre en medio de la tormenta que marcaba con sangre la juntura de dos siglos para la patria. Ahora, sostenida por una fuerza indecible, velaba sin cesar junto al caro lecho.

* * *

Pasadas algunas semanas, Lutgarda, vestida de riguroso luto, regresaba de la iglesia. Tenía los ojos hundidos y secos; no lloraba ya, pero sus facciones estaban limadas por el dolor. Sin embargo, en el fondo de sus pupilas azules parecía refugiarse tenazmente un resto de esperanza. ¿No acontece á veces que entre las más tupidas espinas quede algún germen oculto que sólo aguarde un poco de sol y rocío para reflorar?

Era el día señalado para la ruptura de la cubierta. Lutgarda la abrió y leyó:

“Amada mía: Antes de un par de meses estaré de regreso. Entonces, si el cielo nos concede el dón que acaso promete la boleta que hallarás inclusa, una aurora bendecida comenzará á alumbrar nuestra existencia.

Tuyo, GABRIEL DEL VAR”

Habíase anunciado por aquellos días la rifa de una hermosa casa, propiedad de un banquero, quien trataba, por medio de esta operación, de apuntalar sus averiados negocios. Robándose al cigarro y al licor, familiares confidentes del soldado, había podido Gabriel obtener una boleta de aquella famosa rifa.

¡Inesperadas transformaciones del corazón humano! Algo como una resurrección verificóse en Lutgarda, cuando, al saber el resultado del sorteo hecho la víspera, encuentra que el número favorecido es el suyo. Lanzóse inmediatamente á la calle, ansiosa de conocer la que juzgaba había de ser morada de su dicha.

Al volver de una esquina, “la esquina de las noticias,” advirtió un aviso de pequeñas letras negras, é impulsada de una curiosidad inexplicable, recorrió de soslayo algunas líneas.

*
* *

Días después hacía se notar en el asilo de enajenados una bella joven de ojos azules, acometida de una obsesión enternecedora y extraña, que consistía en imaginar constantemente llegado el día de sus bodas. En tal convencimiento obstinábase todas las mañanas en ceñir á su frente pálida una corona de azahares y colgar de su cabeza el velo nupcial. En seguida poníase á aguardar con una amable sonrisa al prometido ilusorio. Cuando, tras el vano esperar, caía la tarde, sumíase en una honda tristeza. Pero su acariciado ensueño renacía con la alborada siguiente, y entonces, sin la menor huella de la pasada decepción, decía para sí: *Es hoy cuando vendrá*, y tornaba á vestir los atavíos de novia, y con la misma sonrisa se entregaba de nuevo á la esperanza (1).

Cuantos la veían, conteniendo apenas el llanto, se preguntaban: ¿es esto de verdad una alucinación?

*
* *

En el despacho aquél de pequeñas letras negras, fijado en la *esquina de las noticias*, se habría podido leer lo siguiente:

“Ligero encuentro en Quiebraoscura.... Pérdidas insignificantes: algunos heridos en la tropa. Sólo un joven que acababa de incorporársenos, cayó de redondo, atravesado por el pecho. Informan que se llamaba Gabriel del Var.....”

FRANCISCO M. RENGIFO

ADELANTOS

EN EL ESTUDIO DEL SISTEMA NERVIOSO

No existe ningún sistema en el humano organismo que sea tan interesante, pero al mismo tiempo tan difícil de estudiar, como el aparato nervioso, el cual ejerce un predomi-

(1) Reminiscencia de Guijau.